

EFEMÉRIDES

SHELLEY RADICAL E INCOFORMISTA

Se celebran los doscientos años de la muerte de **Percy Bysshe Shelley**, del que se acaba de publicar una antología poética en edición bilingüe. Con este motivo recordamos al poeta y su relación con su mujer **Mary** y otros famosos autores.



El apellido Shelley se relacionará con alguien que lo adaptó de su marido, **Mary Wollstonecraft Shelley**, la autora de *Frankenstein*. Con todo, la obra de Mary Shelley irá mucho más allá de su inmortal personaje, lo que acabó por confirmar en lengua española **Gonzalo Torné** en una iniciativa reciente de la editorial Hermida que llevó el bello título de *Amar y revivir*, en que reunió una docena de cuentos de la autora inglesa, por siempre ligada al poeta **Percy B. Shelley**, con el que le unió un destino verdaderamente espantoso, por su mar de desgracias de todo tipo. Y es que parece que el horror persiguió a la pareja en la vida tanto como en sus creaciones literarias: «El lector encontrará en estos

cuentos algunos elementos del atrezo de la literatura gótica: torres siniestras, laboratorios alquímicos..., pero mezclados con elementos del imaginario romántico: claros de luna, ruinas romanas..., y de los cuentos populares: duendes, zapatos perdidos...», explicaba el traductor en la introducción.

Este, en el 2021, había ofrecido en la misma editorial un inédito en castellano hasta la fecha *Diario de duelo*, en que se reproducían los apuntes personales de Mary Shelley, que cubría desde la huida con el que se convertiría en su marido hasta los meses posteriores a la muerte del poeta romántico. Pero no nos adelantemos a ese fin aciago y vayamos a un momento que sería un punto de inflexión absoluto en la vida de la pareja y de la literatura universal.

Y es que hace algo más de doscientos años, en 1816, el mundo vio un fenómeno que hoy nos parecería casi fantástico, después de que el mes de abril del año anterior, el monte Tambora, en la isla indonesia de Sumbawa, entrara en erupción con una potencia que no se conocía en los últimos mil trescientos años. Murió la población del entorno por miles, tanto directamente como por las consecuencias de ello en los cultivos arrasados, y el efecto se extendió hasta el planeta entero, llegando a la estratosfera los aerosoles y las cenizas producidas por la explosión y haciendo que la Tierra sufriera un gradual descenso de las temperaturas (una media de tres grados) que llevó a que aquel año no hubiera verano: el Sol no podía atravesar bien las finas partículas de cenizas que se mantuvieron en el aire durante meses y meses e incluso el cielo se inundó de colores inéditos, de rojos y naranjas, de rosas y violetas en las puestas de sol.

En la Villa Diodati

Del volcán, cuyo sonido eruptivo se pudo oír a mil kilómetros de distancia, emergieron tres columnas de fuego que generaron cenizas que llegaron a más de seiscientos kilómetros de distancia, a lo que se añadió la lluvia de grandes piedras pómez e incluso un tsunami que arrasaría varias islas. Una desgracia local extraordinaria que se convirtió en global, pues conllevó consecuencias letales para la agricultura, la ganadería y en general la producción de alimentos, sobre todo en el hemisferio norte, devastando una incontable cantidad de vidas humanas por doquier.

El enfriamiento conllevó anomalías climáticas que provocaron tanto sequías y lluvias desahoradas como heladas imprevistas —se dice que en el este y sur de Europa hubo nieve de color amarillo o marrón— y semanas de humedad extrema que generó enfermedades infecciosas letales. Entonces, se originaron diversas teorías para explicar lo que estaba sucediendo, pero no fue hasta 1920 cuando el climatólogo norteamericano William J. Humphreys —inspirado en un libro de Benjamin Franklin en el que relacionaba las condiciones del fresco verano de

1783 con el polvo que expulsó el volcán islandés Laki— que se vinculó al Tambora con el extrañísimo fenómeno que dejó al mundo entero pasando hambrunas, viendo cómo se extendía el tifus y el cólera, y sumiéndole en un caos que acabó también provocando todo tipo de conflictos violentos y políticos en pos de la más elemental supervivencia.

La vida cotidiana de la gente, así, se vio sometida a los vaivenes del clima, y las lluvias torrenciales tan pronto podían enclausrar en sus casas a millones de habitantes de la India como a unos pocos miles en lugares tan alejados de Indonesia como Suiza. Aquí, cerca del lago Lemán, aquel año de 1816, y gracias, por así decirlo, a la fuerza magnética del monte Tambora, unos cuantos amigos tuvieron que permanecer dentro de la residencia veraniega que estaban ocupado, la llamada Villa Diodati: el poeta Percy Bysshe Shelley y su mujer Mary, y el famosísimo **Lord Byron** y su médico personal, **John William Polidori**, el menos conocido del grupo pero de interés extraordinario, tanto por su vida junto a estos genios literarios como por su fin terrible, pues se suicidaría en 1821 con ácido prúsico, con sólo veinticinco años.

Muertes y suicidios

Doctor en medicina, el «pobre Polidori», como lo llamaba burlescamente Byron, se había interesado por el sonambulismo, el mesmerismo y el vampirismo, desde marzo de 1816 era el médico personal y secretario del hombre con quien mantenía una relación tempestuosa: incluso Polidori también protagonizaría alguna excentricidad, la más atrevida un intento de suicidio tras una discusión con su «jefe», por lo que no iba a tardar en ser despedido.

Es más, el grupo estaba marcado por intenciones y éxitos suicidas, pues en aquel 1816 se da muerte la primera esposa de Percy Shelley, **Harriet Westbrook**, a la que había conocido en Londres cuando la muchacha contaba quince años, en 1810. Este amor inicial, que en agosto de aquel año acabó en boda, se transforma en un drama cuando el poeta se separa en 1814 (un año antes había tenido su primera hija) tras conocer en mayo a Mary, hija de un pensador admirado por

él, **William Godwin**, y de la feminista **Mary Wollstonecraft**, la cual a su vez intentó suicidarse dos veces por problemas con un amante norteamericano llamado **Gilbert Imlay**.

Shelley escapa a Francia con Mary y la hermanastra de esta, **Claire Clairmont** —que siempre quería competir con ella—, y desde allí viajan por Europa sin apenas dinero. Así llegan al verano de 1816, cuando se suicida Harriet, cuyo cadáver se encuentra tres semanas después en el Támesis, y también **Fanny**, hermana de Mary por parte de madre.

Pues bien, la historia de aquella estancia suiza, bien conocida, ya leyenda, asegura que, por mero pasatiempo para soportar lo mejor posible esas jornadas de tiempo infernal, inventaron un reto que estaba muy acorde con el ambiente que se respiraba, esto es, escribir cada uno la narración más terrorífica posible. El resultado de aquella curiosa competición cambiaría el curso de la literatura y hasta de la cultura popular moderna, pues surgía el hombre como inventor de vida, y el complemento, el ser inmortal, los más poderosos iconos monstruosos contemporáneos.

Un vampiro con Frankenstein

Dejando aparte al Lord Byron que concibió el poema «Oscuridad» —donde se lee cómo «el Sol se había extinguido y las estrellas / vagaban a oscuras en el espacio eterno. / Sin luz y sin rumbo, la helada tierra / oscilaba ciega y negra en el cielo sin luna»—. Polidori escribió «El vampiro», donde se vengaba del poeta poniéndole como un mujeriego sin escrúpulos, y Mary Godwin Wollstonecraft, recién casada con Shelley sin la aprobación paterna, *Frankenstein o el Prometeo moderno*.

Se trató de una noche mágica perfecta para inspirar todo tipo de hipótesis y ficciones, como la novela de William Ospina *El año del verano que nunca llegó* —en que recreó lo que pudo suceder allí durante tres días—, y otra anterior que fue más allá, *El diario de Víctor Frankenstein*, que convirtió a este científico en protagonista de una trama en la que Peter Ackroyd retomaba la propuesta de Byron: «En noches lúgubres como esta hemos de ser capaces de contar nuestros propios relatos, buscar una forma de entretenernos, ya sea sirviéndonos de hechos verídicos o de fantasías inventadas».

Percy Bysshe Shelley, en una reseña de 1817 de la novela, apuntó algo que podría-



Villa Diodati en Cinebra, Suiza.

EFEMÉRIDES



Miniatura de Mary Shelley, Reginald Easton.

«El fluido eléctrico, en cantidades ilimitadas, permanece latente en la tierra, en el agua y en el aire. Está presente en los rayos de las tormentas de verano, incluso en las gotas de lluvia». Así, con sus experimentos, teniendo presente la frase que oye en una conferencia en boca de Coleridge: «Gracias a la imaginación, podemos cambiar el curso de las cosas», el científico lleva a cabo su obsesión por descubrir el secreto de la vida, que en su caso es desvelar la forma de resucitar a los muertos. Ciertamente, sabemos que el matrimonio Shelley estuvo siempre interesado en los avances científicos, que habían acudido a conferencias sobre química y electricidad, además de estar enterados de todas las controversias científicas de su época, lo cual inspiró sin duda a Mary a la hora de perfilar las referencias que se hacen a ciertos experimentos en la novela.

De hecho, esta mujer que fue capaz de escribir una obra cumbre a los dieciocho años (la publicó con veinte) en un caso increíblemente brillante de precocidad artística e influencia universal, constante e imperecedera, y ha eclipsado a su marido, que fue una celebridad en su día y que tuvo la siguiente trayectoria vital: Percy nace en Field Place, en 1792 y cursa estudios en Eton (1804-1810) y en el University College de Oxford; tras casarse con la joven de 16 años Harriet Westbrook, vive en el distrito de los Lagos, en York, en Irlanda y en el País de Gales, donde escribe su primer poema importante, *La reina Mab* (1813).

Rebeldía con causa

Más tarde, en Londres, es cuando conoce a William Godwin y se enamora de su hija. En 1816 publica *Alástor o el espíritu de la soledad* y al poco conoce a Lord Byron en Suiza. De nuevo en Londres, después del suicidio de Harriet, pierde la tutela de los dos hijos que había tenido de su primer matrimonio. Enfermo de tisis, en 1818 se instala en Italia con Mary, y viven juntos en Milán, Lucca, Venecia, Nápoles y Florencia. Es en esta etapa cuando escribe sus mejores obras: el drama lírico *Prometeo liberado* (1819), la tragedia *Los Cenci* (1819), diversos poemas

mos extender a esta obra de Ackroyd: «El interés aumenta gradualmente y avanza hacia la conclusión con la velocidad acelerada de una peña que rueda montaña abajo». Justamente, *El diario de Víctor Frankenstein* fue un excelso ejemplo de tal cosa, un juego metaliterario en que se daban cita el frenesí londinense de calles, ríos, barrios y voces, los paisajes suizos donde creció el estudiante de filosofía natural Víctor Frankenstein y, en concreto, la Villa Diodati.

El propio Ackroyd tomaba el testigo de concebir algo verídico e inventado para construir una trama perfectamente urdida

en la que recreaba el deseo de Frankenstein, desde que llegaba a Oxford y conocía a un Shelley propagador de ideas ateístas del que se hacía íntimo amigo, por «dotar de vida a la materia muerta o inerte».

Un poeta con intereses científicos

En aquella casa suiza, cuenta Mary Shelley en el prólogo a la edición de 1831 de su novela, se habló de Charles Darwin, del galvanismo, de que «quizás un cadáver podría ser reanimado». Pues, como afirma repetidamente Frankenstein en la obra de Ackroyd,

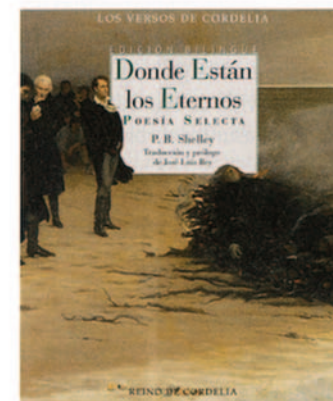
líricos (*Oda al viento del Oeste*, *Oda a una alondra*, *La mimosa* y la *Oda a Nápoles*), la elegía *Adonais* (1821), inspirada por la muerte de **John Keats**, y el tratado *La defensa de la poesía* (1821). Le esperará una muerte trágica en las aguas del Gran Ducado de Toscana.

Pues bien, a pesar de la enorme importancia de su obra poética, hasta la fecha no había una antología de cierta dimensión de su obra traducida al español, algo a lo que ha puesto remedio el poeta, ensayista y traductor **José Luis Rey**, que ya se encargó de trasladar al español las poesías completas de **Emily Dickinson**, **T.S. Eliot** y Keats. Un gran volumen de presentación bilingüe que viene precedido por un prólogo en que habla de cómo Shelley es un rebelde con causa.

«Radical e inconformista en vida y pensamiento», lo llama, para al instante contar que de joven fue maltratado por los alumnos mayores, «y decidió dedicar su vida a luchar contra la violencia, la injusticia y la opresión». El traductor destaca que en muchos poemas critica a la sociedad y la política inglesas y que con esas armas luchó siempre contra la tiranía, pues «los tiranos le obsesionaban, aunque no defendía el uso de la violencia como medio de combatirlos». Incluso se enfrentó, mediante el panfleto «La necesidad del ateísmo», con la Iglesia y la Universidad, lo que acabó provocando que lo echaran de Oxford solamente seis meses después de haber empezado sus estudios.

Empezaba ahí una andadura legendaria que concluiría el 8 de julio de 1822, cuando, poco antes de cumplir los 30 años, pereció ahogado en una repentina tormenta mientras navegaba en su velero, el *Don Juan*, de regreso a Lerici desde Pisa, con su amigo **Edward Ellerker Williams**, un oficial de la armada bengalí. Shelley demostró tener un carácter «optimista y confiando» dice Rey: creía «en el poder transformador del espíritu y la poesía, soñaba con una Humanidad libre de ataduras de todo tipo, para lograr al fin la paz y la felicidad para todos». Ahora el lector tiene la oportunidad de conocer tales propósitos entre sus versos.

Toni Montesinos



DONDE ESTÁN LOS ETERNOS. POESÍA SELECTA
 PERCY BYSSHE SHELLEY
 REINO DE CORDELIA, TRADUCCIÓN DE JOSÉ LUIS REY, 936 PP., 31,95 €